



UNA AVENTURA INÉDITA DE ASSANE DIOP
N

- Bertrand Puard -

LUPIN

JAQUE A LA REINA

ANAYA

- Bertrand Puard -

LUPIN

JAQUE A LA REINA

ANAYA

Título original: *Lupin. Échec à la reine*

1.ª edición: abril 2023

© Netflix Inc., 2023

Publicado por Hachette Livre, 2023

© De la ilustración de cubierta: Julien Rico, 2023

© De la traducción: Sara Bueno Carrero, 2023

© Grupo Anaya, S. A., 2023

C/ Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.es

ISBN: 978-84-143-3399-0

Depósito legal: M-5249-2023

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

—Entonces, ¿quién es usted?

—Un aventurero, nada más. Un aficionado a la aventura.
*La vida solo merece la pena vivirla en los momentos de aventura,
ya sean de los demás o propios.*

Príncipe Serge Rénine, *alias* Arsène Lupin
Maurice Leblanc, *Las ocho campanadas del reloj*

Los Ángeles (Estados Unidos), julio de 1910

Se sabía en los albores de un extraño viaje.

Recibió la noticia a primera hora de la tarde. Archibald Winter había dejado que sus socios concluyesen la reunión del consejo de administración de su grupo editorial sin él tras haber recibido una llamada de su cirujano, Morphy, del Hospital Cedars of Lebanon, donde estaban tratándolo por unas migrañas espantosas.

El facultativo lo había recibido en un amplio y luminoso despacho situado en la última planta del edificio. A través del ventanal de orientación norte, se divisaba la cuadrícula de tierra y vegetación del parque Griffith. Winter se había percatado de las arrugas en la frente de Morphy y lo había comprendido todo al momento. Ni siquiera se había atrevido a mirar la confusa radiografía de su cráneo que le presentaba quien, con el paso de las consultas, había acabado convirtiéndose en su amigo.

—¿Ves la masa de la derecha, Archie?

El mandamás se levantó. Por mucho que uno sea uno de los hombres más ricos y respetados de Estados Unidos, así como uno de los jugadores de ajedrez con más talento de

su generación, no por ello es menos capaz la enfermedad de hacerle jaque mate en unos pocos movimientos.

—Es un tumor invasivo. Lo lamento.

Winter contemplaba el parque, a lo lejos, cubierto de magnífico oro por la luz del sol.

—¿Existe algún tratamiento que podamos plantearnos? —preguntó sin volverse.

—El tumor está en una fase avanzada y me parece ver metástasis en la base del cuello.

Sin duda tenía ante él, en las pendientes del parque, lo que habría sido el emplazamiento perfecto para erigir un observatorio desde el que contemplar el cielo.

—¿Cuánto tiempo de vida me queda? —continuó Winter.

—No lo sé, Archie. Lo siento.

—¿Cuánto?

—Por experiencia, un año como mucho.

El enfermo levantó la mano para que el cirujano no lo castigase una vez más con otra fórmula de cortesía. Salió primero del despacho y luego del hospital, sabiendo que no regresaría.

El chófer lo condujo hasta su mansión de Monte Nido, situada al norte de Malibú, en la montaña. Allí se encerró en la biblioteca tras haberle dado dos instrucciones a Raoul, su fiel mayordomo francés. La primera, que deseaba ver de inmediato a Kennedy, su procurador, confidente y consejero. La segunda, que, con la excepción de Kennedy, no quería ver ni oír a nadie más.

Archibald Winter se situó frente al inmenso cuadro de dieciséis pies por nueve que decoraba la pared de ladrillo de la preciosa biblioteca. Nunca se cansaba de contemplar el retrato gigante de su chihuahua Danican, firmado por

Rosa Bonheur, la brillante artista francesa a la que había conocido en otros tiempos y a la que admiraba por la forma tan particular y sensible que tenía de pintar a los animales y de reproducir su energía primitiva, su vivacidad y su inteligencia: todo aquello que la mayoría de sus opresores, es decir, los humanos, les negaban.

Mientras esperaba a su hombre de confianza, se deleitó con el lienzo hasta la saciedad, con el goce adicional de poder acariciar y abrazar a Danican, el modelo, que había acudido a tenderse, lleno de vida y amor, sobre sus raquílicas rodillas.

Media hora después llegaba Kennedy, sudoroso y falto de aliento.

—Me queda menos de un año de vida —le dijo Winter a modo de introducción.

El rostro de la eminencia se tornó aún más gris, y el gigante irlandés se tambaleó, sollozó y vaciló antes de agarrarse *in extremis* al reposabrazos del sillón en el que estaba sentado su jefe y amigo.

Danican ladró.

—Pero... ¿Cómo...? —balbuceó.

Archibald le resumió la información necesaria.

—Vas a luchar —le dijo su interlocutor—. Aún te quedan unos cuantos movimientos.

—No, ya me han hecho jaque mate, amigo. El rey ha caído. No serviría de nada.

—Al menos deberías organizar la herencia para que tus tres hijos...

—¡No! —bramó Winter.

Parecía como si se le hubiese incendiado la cabellera blanca.

—John, Paul y Winston...

El chihuahua ladró una vez más cuando Kennedy pronunció el nombre de sus tres hijos.

—No —dijo Winter—. Esos presumidos van a quedarse sin nada. Ya me has oído, Arthur: nada. Ni una pizca de los millones de arpendes de terreno que poseo ni un centavo de los miles que tengo en el banco. Ni siquiera un pedazo de mi tabaco ya mascado. Los tres son unos canallas que han sacado todo de su madre y nada de mí. Sabes bien que nunca quisieron aprender a jugar al ajedrez, todo por desafiarme, por estúpida rebeldía. Conoces mejor que nadie la afrenta de la que se vanaglorian de punta a punta del país. Pues, bien, que sigan bailando, atiborrándose, disfrutando de burlarse de mí con las rentas que les da su madre desde que nos divorciamos. Pero, una vez que el tumor me haya consumido toda la materia gris, Arthur, se van a quedar sin nada. ¡Voy a venderlo todo! Cuando me muera, no me va a quedar ni un centavo; ni siquiera seré el dueño de la cama en la que yacerá mi cadáver. Voy a vender la mansión, las empresas... ¡Todo! Ya me has oído, Kenny: ¡todo! Y esconderé en alguna parte el fruto de esa venta. Será mi tesoro, pase lo que pase.

Su procurador asintió. El tono que empleaba Archibald Winter no contemplaba ninguna posibilidad de debate.

—Pero ¿vas a esconder el tesoro de modo que se pueda encontrar?

—Sí —respondió con firmeza Winter—. Pertenece a quien sea el primero en echarle el guante. Te dejaré instrucciones escritas al respecto. En un caso de semejante importancia, no voy a conformarme con un testamento ológrafo. No te preocupes, Arthur: ya tengo algunas ideas sobre la cuestión. Solo queda darle algo de vida a esta búsqueda del

tesoro y definir las reglas. Cuando llegue el momento, lo pondrás todo en marcha.

—Lo más tarde posible, espero.

Winter le pidió entonces a su interlocutor que se retirase. Sin embargo, mientras que este último titubeaba camino a la puerta, lo retuvo con un grito:

—¡Arthur!

—Dime, Archibald.

—Pensándolo bien, sí que me gustaría dejarles algo a los inútiles donnadies de mis hijos.

—Te escucho, Archibald.

—Este cuadro —dijo Winter señalándole la obra de Rosa Bonheur—, pues detestan a Danican tanto como yo lo adoro. Y con la obligación de mantenerlo en la familia. En cuanto a Danican, te ocuparás tú de él. Estoy seguro de que a tus nueve hijos les va a encantar jugar con él en la playa de Malibú, Arthur.

—No me cabe ninguna duda, Archibald.

Ya a solas con Danican, el magnate no volvió a situarse ante el lienzo de Rosa Bonheur, sino que se dejó caer en su sillón de lectura favorito. En una mesa baja, a su derecha, había un libro grueso emplazado junto a un tablero de ajedrez de madera. En la cubierta se dibujaba una silueta negra de bigote fino, muy elegante, con sombrero de copa y un bastón en la mano.

—*The Extraordinary Adventures of Arsene Lupin, gentleman burglar* —leyó Winter con voz apasionada.

Era la traducción de una antología de relatos que había descubierto en París el año anterior durante un torneo de ajedrez, y que acababa de traducir y publicar M. A. Donohue & Co., una editorial de Chicago. Justo a tiempo. Le había encantado leer los relatos en francés, pero estaba seguro

de que su cuestionable dominio de la lengua de Maurice Leblanc lo había privado de captar numerosos matices.

Así pues, se embarcó con avidez y, cuando terminó la lectura del quinto relato de la antología, volvió a dejar la obra sobre la mesita.

—Una sana lectura, mi querido Danican —dijo entonces—. Y, para serte sincero, una estimulante inspiración.

Acababa de encontrar la solución para el tesoro, iba a resolver la cuestión de su herencia con la desenvoltura que lo caracterizaba y que tenía en común con el héroe francés cuyas aventuras, a través de terceros, acababa de vivir.

Se arrellanó en el sillón sin dejar de acariciar a su chihuahua.

Y, a pesar de la información tan espantosa que acababa de recibir, sabiendo que tenía contados los meses, las semanas, los minutos, las partidas de ajedrez y las lecturas por culpa de la masa inmundada que le crecía en el interior de su preciado cerebro, Archibald Winter sonreía como nunca antes había sonreído.

CAPÍTULO 1

París, julio de 2004

Édith aguzó el oído. Acababa de apagar la lámpara de noche tras sus diez páginas de lectura diaria; ni una más ni una menos. Pasaba de página cinco veces y cerraba el libro. Era su ritual nocturno. Sin embargo, su marido, Jules, tenía por norma no parar de leer en mitad de un capítulo. No obstante, ese no era el motivo por el que dormían en habitaciones separadas. En cuanto a su hijo, Benjamin... Édith prefería no pensar. A su único hijo nunca le había gustado leer: uno de los mayores pesares de su madre. En la familia, cada uno tenía sus costumbres, y eso era lo que permitía que todos se llevasen bien, o, mejor dicho, que se soportasen.

Así pues, acababa de pulsar el interruptor de la lámpara y, junto con el chasquido habitual, le había parecido oír otro ruido desconocido, como un eco: una especie de clic ahogado procedente de la planta baja de la casa.

Édith se incorporó sobre la almohada. Quizá a Jules se le hubiese caído algo al suelo del despacho o se hubiese golpeado contra algún mueble, dado su estado. Cuando se despidió de su marido, que se negaba a acostarse a pesar de lo tarde que era, habría podido, con tan solo respirar su aliento, deducir la cantidad de *whisky* puro de malta que había engullido durante la reunión de amigos.

Demasiado, la verdad fuera dicha.

Se oyó un nuevo ruido, una especie de grito muy breve. Édith se dio cuenta entonces de que no había cerrado las contraventanas. El dormitorio estaba sumido en la oscuridad, pero un rayo de luna iluminaba la cubierta de la novela policiaca, *Réquiem por una fiera*, en la que se observaba a la célebre *Mujer con sombrero* de Matisse atravesada por múltiples puñaladas. La hoja del arma, clavada en una pluma escarlata, brillaba burlescamente bajo el haz de plata.

Édith tanteó en busca del interruptor de la lámpara de noche, pero, al no oír más ruidos, se echó atrás. ¿Y si procedían del jardín? El despertador indicaba que era pasada la medianoche. Se le antojaba muy tarde para que los hijos de los vecinos, los Anfredi, estuviesen jugando en el jardín contiguo al de su casa. Édith negó con la cabeza; no, estaba claro que no. Los Anfredi eran gente decente en todos los sentidos: él, presidente de la filial francesa de una gran petrolífera italiana; ella, clienta fiel de las tiendas de antigüedades Férel, de las que eran propietarios Édith y su marido. Así pues, eran demasiado educados como para dejar a sus dos muchachos retozar en el césped a esas horas. Las noches eran cálidas a principios de verano, pero ni por esas.

Para asegurarse, se levantó y se acercó hasta la ventana. El jardín vecino estaba, al igual que el suyo, sumido en la oscuridad. Solo se distinguía lo alto de un tipi, una heterogénea mezcla de madera y paja que el padre había instalado la semana anterior, con la ayuda de Jules y Benjamin, por el cumpleaños de Alessio, el hijo pequeño.

Édith regresó hacia la cama, pero no se volvió a acostar. Los ruidos, tan breves como curiosos, la habían desvelado, así que se puso la bata de seda y se dirigió hacia el baño.

Tenía la garganta seca; demasiado seca. Necesitaba un vaso de agua fresca.

En la planta baja, se cerró una puerta con estrépito. Édith se asustó y, en un acto reflejo, se agazapó en un rincón oscuro de la entreplanta. Abajo había una luz encendida, probablemente la del pasillito que llevaba al despacho de Jules.

Notaba que el corazón iba a salirse del pecho. Semejante alboroto a esas horas no era propio de su marido. Dudó en si llamarlo. Al fin y al cabo, si era él quien... Pero, de repente, oyó un «¡basta!» espetado con una voz muy animada y aguda que no era la de Jules.

¿Habría recibido visita? No, la habría informado de la presencia de un visitante nocturno.

Volvió a sobresaltarse, esta vez con un ruido de cristales rotos, muy claro y particular, procedente del despacho de su marido.

La anticuaria trató de controlar la angustia que le comprimía el pecho. Algo estaba pasando abajo; algo grave. ¿Debía llamar a la policía? Se había dejado el móvil en la cocina, así que solo le quedaba el fijo del dormitorio. Pero se echó atrás: quizá solo se tratase de una simple discusión entre su marido y un proveedor o un cliente nocturno. No sería la primera vez que Jules recibía a alguien en secreto en su oficina, en medio de la noche, para solucionar un asunto que exigía discreción. «Una transacción sospechosa», como solía llamarlas en broma Benjamin, pensó Édith. Se habría pasado de lista abriéndole la puerta a la policía, que no dudaría en hacer inventario de la casa, lo que incomodaría sobremedida sus negocios. El oficio de anticuario y marchante de arte a veces exige actuar en los márgenes de la legalidad: una norma implícita del medio, que las autoridades juzgarían de forma implacable.

En la planta baja, continuaba la discusión, acallada.

Édith regresó a la habitación y cerró la puerta con la mayor delicadeza posible. Tenía la garganta tan áspera que tragar era un suplicio. Sabía que Jules guardaba en su mesita de noche una pistola de bolsillo. Siempre le repetía que el arma estaba cargada y que bastaba con quitarle el seguro para utilizarla.

A tientas, encontró la culata de la pistola, que notó helada. Édith se hizo con el arma mientras, abajo, crecían las voces.

—¡La segunda! —oyó claramente.

No era el timbre de voz de Jules, así que se decidió a bajar.

Édith se abrió camino en la oscuridad, negándose a encender ninguna luz, por pequeña que fuese. Por suerte, sabía con cuántos peldaños contaba la escalera que llevaba a la planta baja, y su cerebro había memorizado desde hacía mucho su altura. Cambió la alfombra por el mármol, y el frío contacto con la piedra surtió en ella el mismo efecto que una descarga eléctrica. Cuando pasó ante la puerta doble del comedor, con la espalda pegada a la pared y el dedo en el gatillo, le tranquilizó el olor dulzón del papel de Armenia que había quemado Anémone según sus instrucciones.

Édith apenas se encontraba a unos pasos de la puerta del despacho. Entonces, se frenó en seco.

—¡Ahora, Férel! —se alzó la voz.

La frase retumbó. Édith, desconcertada, dio un desafortunado paso atrás y se tropezó con un pequeño velador que estaba decorado con un jarrón de la dinastía Ming del siglo xvii, blanco y azul, con diseño floral. El preciado objeto, desestabilizado, siguió brevemente el balanceo de Édith antes de ir a parar al mármol y romperse.

Todo sucedió de golpe.

Hubo una breve tregua al otro lado de la puerta del despacho, seguida del ruido de un mueble al desplazarse y de una caída.

Édith corrió hacia la puerta y, como arrastrada por una voluntad a la que esperaba que no la acompañase la inconsciencia, la abrió de par en par.

El batiente golpeó la pared y Édith oyó un primer disparo.

Pero no había sido ella, cuyo dedo tembloroso aún se hallaba sobre el gatillo.

Édith distinguió una silueta negra a la derecha que se disponía a salir.

—¡Jules! —gritó.

Pero ¿era solo él?

No hubo respuesta. Entonces, se apagó la luz. El ventanal estaba abierto y dos sombras huían por el jardín. Luego llegó el turno del hombre al que se había enfrentado. No era Jules, sino un ladrón.

Édith apuntó hacia él y la pistola escupió dos balas, una tras otra, en un estruendo ensordecedor. No supo si había alcanzado al fugitivo o si las balas se habían perdido, pero soltó el arma, retrocedió tres pasos y se hundió en el sillón de su marido. Ni veía ni oía nada.

Era inútil llamar a Jules: estaba sola en el despacho. Su marido había desaparecido.

Instantes después, una vez que Édith se hubo recompuesto en parte, encendió la lámpara halógena y se dio cuenta de que el despacho de su marido estaba totalmente en orden, y la puerta de la caja fuerte, perfectamente cerrada.

¿Dónde estaba Anémone, la cocinera? ¿Y Joseph, el mayordomo? Los dos empleados dormían en sus respectivos dormitorios de la planta baja, en el otro extremo de la casa, es verdad, pero los dos disparos habían despertado al

vecindario. Por el ventanal del despacho, Édith vio iluminarse las ventanas de las distintas viviendas, unas tras otras, formando en torno al parque de Montsouris una especie de damero blanco y negro. A dos jardines de allí, Dufy, el pastor alemán de una vecina, ladraba con furia.

Con la mano temblorosa, Édith tomó la botella de *whisky* de su marido y se sirvió un vaso hasta arriba, que se bebió de una sentada. Le daba la impresión de que el alcohol la hacía pedazos, pero sintió que volvía a recuperar el control de su cuerpo. Iba a necesitar mucho valor en las próximas horas o incluso días.

Édith descolgó el teléfono fijo, pero no oyó el tono. Miró de reojo hacia la pared: habían arrancado el cable. Por suerte, tenía el móvil de Jules al alcance de la mano, así que lo cogió. ¿Debía llamar a la policía? Estaba claro que no. Aún era pronto. O ya era tarde. Tenía que ir a ver a Benjamin; a lo mejor él sí estaba al corriente de la cita nocturna. Padre e hijo aún se hablaban.

Con un pulso ya más firme, trató de marcar los seis dígitos que le permitirían desbloquear el dispositivo, pero, en su estado, no se acordaba de la contraseña.

Se concentró y recordó las tres últimas cifras.

813.

Pero nada más.

CAPÍTULO 2

Benjamin Férel se subió sobre la prominente nariz las gafitas redondas, que tenían la molesta costumbre de resbalársele. Pensó: «La montura pesa mucho. El carey tiene su rollo para tratar con los clientes de la tienda, pero, delante de la pantalla, es una lata. Me vendría mejor una montura de titanio, más ligera, con lentes antirreflejos».

Mientras reflexionaba, tecleaba a toda velocidad. Hizo una pausa, durante la que dejó suspendidas las dos manos sobre el teclado, resopló y cogió un portaminas para escribir en una libretita de tapa negra una sola palabra: «óptica».

En ese instante empezó a vibrarle el móvil. Benjamin no miró la pantalla. Las primeras notas de una de las sonatas de Chopin —en un sintetizador— llenaron el espacio de su pequeña habitación.

—No —susurró mientras sus diez dedos retomaban su particular zarabanda sobre el teclado—. No, Assane, no te lo voy a coger. No, se acabó. Me hago a un lado. Incluso tomo un desvío. Seremos amigos de siempre, pero no vuelvas a contar conmigo para tus dudosas juergas.

Volvió a subirse las gafas y tecleó en el nuevo buscador estadounidense de curioso nombre, Google, que se le antojaba revolucionario. Estaba convencido de que iba a cambiarle la vida. Precisamente por eso había instalado internet de alta velocidad en la tienda de sus padres, en la calle

Verneuil —apenas a cien metros del Museo d'Orsay—, que administraba y en cuya primera planta residía.

El móvil dejó de sonar, pero al instante retomó la vibración. Férel hijo ojeó brevemente el marco rocó que se encontraba a la derecha de la pantalla y que contenía una foto suya, rodeado de sus dos mejores amigos: Assane y Claire. Se conocían desde que eran adolescentes. Eran inseparables.

—¡La una de la madrugada! Esto no pinta bien —espetó Benjamin, a quien le gustaba hablar solo—. Vas a tener que esperar a mañana, mi querido Assane.

Lo cierto es que esta breve escena sintetizaba bastante bien la personalidad de Benjamin: vivaz, dividida entre el afecto por lo antiguo —su oficio de anticuario— y el amor por las nuevas tecnologías —su verdadera pasión—.

Sin embargo, puesto que la persona que quería hablar con él seguía insistiendo, acabó dándole la vuelta al móvil.

No eran ni Assane ni Claire.

Un extraño «papá» se dibujaba en la pantalla en gruesos píxeles poco definidos. Pulsó el botón verde, con el ceño fruncido. A esas horas, tenía que ser urgente.

—¿Papá?

—¡Ah, por fin me lo coges!

Reconoció la voz de su madre y torció el gesto.

—Benjamin, ¿con quién había quedado tu padre esta noche?

—No sé a qué te refieres.

Hablaba con un tono cortante. Oyó a Édith beber haciendo ruido antes de responder.

—¿Tu padre iba a recibir a clientes esta noche? ¿Estabas al corriente? He oído gritos procedentes del despacho, seguidos de un disparo. ¿Me escuchas? Un disparo. Y, luego, ni rastro de Jules.

—No entiendo nada de lo que me dices. ¿No está papá contigo? ¿No teníais invitados?

—Estaba en su despacho. Se oía mucho barullo. Entonces, han sonado disparos y he acabado disparando yo también.

Benjamin se llevó una mano a la cara. La voz pausada, tranquila y fría —como era habitual—, de su madre contrastaba de forma flagrante con sus palabras inconexas.

—¿Has disparado? Pero ¿a quién? ¿Y por qué?

—No lo sé. ¿Lo sabes tú?

—No. No conozco hora por hora la agenda de papá. ¿Por qué has disparado?

—Porque tenía miedo. He oído gritos, voces amenazantes...

—¿Crees que ha podido ser un robo?

—No lo sé —respondió la madre—. El despacho de Jules está en orden.

—Pero él no está.

—No.

—¿Y la caja fuerte?

—Cerrada.

Benjamin suspiró. ¿Acaso sus padres se habían pasado bebiendo y se les había acabado torciendo una de sus lamentables discusiones? ¿Qué iba a hacer? Ya era tarde y empezaba a notarse cansado. ¿Se veía con fuerzas para ir en bicicleta hasta casa de sus padres para, muy probablemente, asistir a una nueva pelea doméstica?

De pronto se le ocurrió una idea.

—Pásame a Joseph, anda.

Quería hablar con el mayordomo. Benjamin lo conocía desde que era niño y sabía que era un hombre con una sensatez infalible.

—Por fin ha salido de su cuchitril —bufó Édith—. Igual que Anémone.

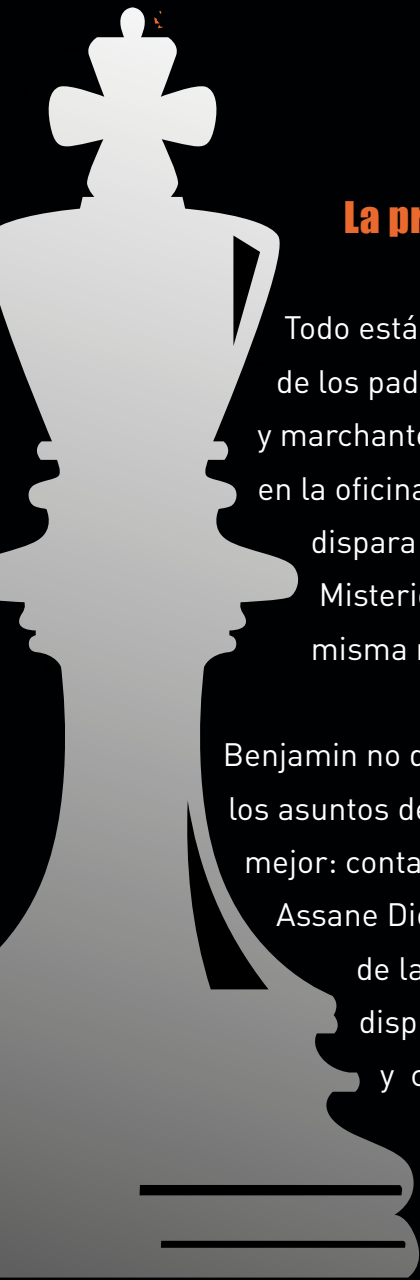
Gritó el nombre del mayordomo, lo que desató la ira del perro de los vecinos.

—Está viniendo del jardín.

—Pásamelo.

Como única respuesta, Benjamin oyó a su madre emitir un grito estridente.

De repente, se cortó la comunicación.



La precuela de la serie LUPIN

Todo está tranquilo en la villa parisina de los padres de Benjamin Férel, anticuarios y marchantes de arte, hasta que alguien entra en la oficina de Jules, el padre. Édith, la madre, dispara a un hombre que huye por el jardín. Misteriosamente, Jules desaparece esa misma noche.

Benjamin no quiere que la policía se meta en los asuntos de los Férel. Tiene una alternativa mejor: contactar con su amigo de la infancia Assane Diop, fan de Arsène Lupin, maestro de la astucia y el disfraz, siempre dispuesto a resolver misterios y correr aventuras.

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

Cubierta: Hachette Romans Studio
Ilustración: Julien Rico

ISBN 978-84-143-3399-0

1525323

